

# EL 23: EL SILO MALDITO

Escrito por Luis Expósito  
05-11-2014

En memoria de todos los ensiladores de Los Silos de Burjassot



Corría el año 1857. Como todos los años a principios de noviembre, el Repuesto, un organismo dependiente del ayuntamiento de Valencia, se disponía a repartir entre los agricultores de la Huerta el trigo para sementera. Para ello, se dispuso la apertura de los silos que contenían el trigo almacenado de la cosecha anterior, el que devolvieron los agricultores con un incremento que, a modo de interés, era lo que les costaba ese préstamo en especie. El lunes, 2 de noviembre, se procedió a la limpieza de todas las instalaciones de Los Silos de Burjassot, patio, almacenes, rampa de acceso de carros. La idea era sacar el trigo de los silos, depositarlo en el almacén grande, y esperar a que los agricultores acudieran con sus carros o con sus bestias a recoger los sacos de trigo que cada uno tenía asignado según la extensión de huerta que iba a dedicar al cultivo de trigo.



Desde hace siglos, práctica de desensilado aconseja que, antes de que descendan los operarios al silo, se baje con la cuerda del torno una lámpara de aceite encendida o una vela. Si al cabo de un minuto se observa que la llama se apaga, no se puede descender al silo, y hay que mantear mucho rato para airear todo lo que se pueda el depósito. Sólo si al repetir la operación vuelve a salir la llama a la superficie, está el silo en condiciones para que un humano pueda respirar en él. Por error fatal, esta vez no se hizo, con las subsiguientes consecuencias dramáticas.



El miércoles comenzaría la extracción, así que el martes por la tarde, en presencia del encargado del Repuesto y de algunos concejales, se abrieron los silos para que se ventilaran durante toda la noche, según costumbre y al y como recomendaban todos los manuales de manipulación de silos y cereales. Con esa precaución se prevenía cualquier accidente fatal derivado de la posible inhalación del gas (CO<sub>2</sub>) que se acumula en los silos debido a la "respiración" natural del grano.

Los depósitos subterráneos estuvieron abiertos toda aquella tarde, pero se cerraron al anochecer para evitar posible robos o desgracias. A las siete de la mañana del día 4 de noviembre volvieron abrirse. A las ocho y media penetraron en uno de los silos algunos operarios, y comenzaron a trabajar sin que ocurriese la menor novedad.

Para trabajar mejor, los jornaleros determinaron dividirse en dos grupos dos silos a la vez, y se disputaron la preferencia para entrar en el silo número 23, porque, al parecer, era más cómodo trabajar en su interior.



Cuatro de ellos, asidos de maroma del torno que sirve para penetrar en los subterráneos, descendieron a la vez hasta la superficie del trigo almacenado, ya que, seguramente, el silo tenía poco trigo y había que vaciarlo. La sorpresa vino cuando, al llegar estos al suelo, los que manejaban el torno observaron que habían quedado tendidos, inmóviles y silenciosos. Los llamaron a voces y no recibieron respuesta. Ante la extraña situación, algunos operarios quisieron penetrar para socorrer a sus compañeros, pero los concejales del ayuntamiento de Valencia que estaban verificando que toda la operación de extracción se hiciera conforma a las normas, no accedieron a ello sino con la condición de sujetar con la cuerda a uno de ellos por la cintura, con la precaución de darle el extremo de una cuerda, ya fuera para poder atar y extraer a alguno de los que permanecían inconscientes dentro, ya fuera para tirar fuertemente de la cuerda si tenían que sacarlos rápidamente de allí. Y esto es lo sucedió a los treinta segundos de que bajaran al operario. El hombre fue sacado rápidamente en un estado próximo a la asfixia.

Era evidente que en el silo se había desarrollado, en cantidades elevadas, algún gas mortífero, como el CO<sub>2</sub> citado o tal vez como el metano derivado de la posible putrefacción del cereal. Ante la voz de alarma, rápidamente los concejales llamaron a los médicos de Burjassot y su alcalde. Puesto en marcha el improvisado mecanismo de socorro, los facultativos practicaron cuantas operaciones creyeron convenientes para tratar de salvar aquellos desgraciados jornaleros. Pero todos los intentos fueron en vano. Los cuatro jornaleros habían

perecido al minuto escaso de haber penetrado en el silo 23, según manifestaron después los facultativos.



Avisado el alcalde de Valencia, junto con el secretario del ayuntamiento y el profesor de química de la universidad literaria, José Monserrat, se desplazaron con una tartana a Los Silos, pero ya no había medio de volver a la vida a aquellos infelices, que acababan de perecer del pernicioso gas que, en gran cantidad, se había en el mortífero silo.

El alcalde de Valencia, en nombre de su ayuntamiento, ofreció costear las exequias de los infelices jornaleros, y distribuyó de su de propio bolsillo particular cierta cantidad de dinero entre las cuatro familias que quedaron tan afligidas a consecuencia de tan horrible accidente.

Finalmente, por acuerdo del pleno municipal de Valencia, se acordó donar 2.000 reales a las familias damnificadas para costear los gastos del luto, y se creó una comisión especial destinada a averiguar las necesidades de cada una de las cuatro familias y poder ayudarles mediante una nueva donación de dinero o una pensión vitalicia a la viuda, según lo que se considerara más útil. Quizá nunca más se volviera a abrir ese silo. Se consideró maldito, o, al menos, muy peligroso por la emanaciones mortíferas de su interior cuando no está bien aireado. La tapa de ese silo está muy deteriorada desde hace al menos dos décadas, sin que nadie se haya parado a tapar un pequeño boquete que hay entre su tapa y su boca. Esta circunstancia ha permitido a un equipo de la Universidad Politécnica de Valencia introducir una pequeña cámara de vídeo para poder visionar su interior.



Figura 8.87. Imágenes de la inspección del silo 23 mediante el empleo de boroscopia, durante los días 19 y 25 de julio de 2012. (Fotografías de la autora).

Imágenes extraídas de la tesis doctoral de Ana Valls Ayuso: *Silos de Burjassot (S. XVI). Origen y desarrollo constructivo. Evolución de sus estructuras. Estado de conservación*, UPV, Valencia, p. 197.

Gracias a esta iniciativa, podemos ver algunas imágenes del interior de este silo maldito: el 23.

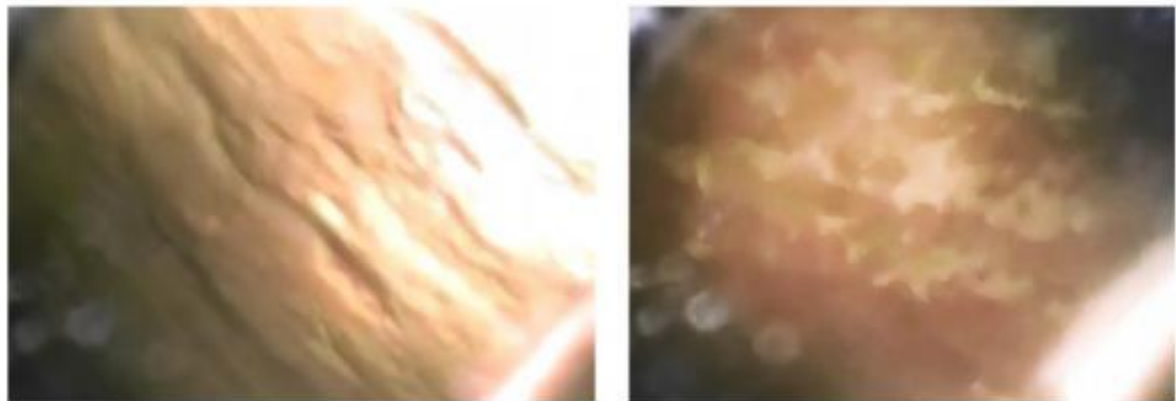


Figura 8.88. Interior del silo 23, en la inspección realizada mediante el empleo del boroscopia, durante los días 19 y 25 de julio de 2012. (Fotografías de la autora).